



# HA MUERTO SANCHEZ MAZAS

**D**URANTE la pasada noche dejó de existir en su domicilio de Madrid (Doctor Fleming, número 32) don Rafael Sánchez Mazas. En el instante de su fallecimiento le acompañaban

sus hijos y otros familiares y amigos.

Se encontraba enfermo de gravedad desde hace algunos días, aquejado de fuertes ataques de asma. Había sido so-

metido a tratamiento intensivo en una clínica madrileña. Tras experimentar una mejoría en su cuadro clínico, fué trasladado a su domicilio, donde, como decimos, anoche le sobrevino la muerte.

## ULTIMA CARTA A RAFAEL SANCHEZ MAZAS

Querido Rafael: Esta es mi última carta. Ya sé que no recibiré contestación, en tu papel azul inconfundible, con la letra firme de trazo grueso que te caracterizó. Yo tiemblo ahora al escribir, hasta el punto que apenas podrías identificar la mía.

Hacia mucho tiempo que el mundo actual no te gustaba nada, con ser en muchas cosas fundamentales uno de los seres más vigentes de tu generación. Tenías una formación elevadísima sobre los niveles intelectuales más altos de nuestro país, a la que unías un espíritu europeo muy amplio. No habías querido dejar de ser provinciano, en tu acento y en tus costumbres familiares arraigadas desde la niñez en el País Vasco. Y nada puede llegar a ser más universal que lo verdaderamente provinciano.

Desde hace catorce años que frecuenté tu amistad, me confesaste que habías entrado en la ancianidad. Era una palabra cuyo sentido debía complacerte mucho. Eugenio Montes puntualizó después que ya en los años en que organizabas la Falange con José Antonio, habías repetido mucho esta palabra, sin duda por tu amor a la cultura clásica. «Tú tienes que ser báculo de la vejez», me decías muchas veces, cuando yo estaba fatigado a las once de la noche, y querías que te acompañara a comer a Gambrius. «Si vienes —prometías—, te cuento la segunda parte de la novela «El camisero de Bilbao», que nunca escribiste. Y luego íbamos a Gambrius, donde el sereno aún te saludaba con el brazo en alto y te llamaba Señor Ministro, y después de cenar me pasaba hasta casi el amanecer en tu cuarto, viendo cómo hacías los crucigramas de «France-Soir» y «Paris-Press», porque para ti el francés, como el italiano, el latín o el griego, eran lenguas para andar por casa.

Cuando fué elegido Papa Pablo VI, me llamaste a casa por teléfono. Tenías un tono confidencial en la voz. «¿Te acuerdas?», dijiste—. Hoy me he convencido que soy ancianísimo. Me rei; pero me cortaste con aquella exaltación de ánimo tan frecuente en ti, aunque bromearas: «¡Tengo muchos más años que el Papa! ¡Te das cuenta!... Un Papa es siempre para la

mentalidad de nuestra niñez y de nuestra juventud un hombre ancianísimo!... ¡Pues yo soy aún más anciano!...»

Una noche, al llegar a casa, tu madre aún no se había retirado a descansar. Doña Rosario era una señora de Bilbao con una fortaleza física admirable y aún con buen apetito. Te escandalizó entrañablemente la copiosidad de la cena que había hecho aquella noche y no pudiste menos de exclamar: «¡Mamá, que a nuestras edades no se pueden hacer esos disparates!...»

Te divertía repetir que eras un anciano, sin duda porque aún caminabas con agilidad y tenías una cabeza luminosa, como no he conocido a nadie. Eso formaba el repertorio de conversación brillante, ingeniosa, que últimamente quisiste conservar sólo para tres amigos íntimos.

Con la muerte de tu pobre madre empezaste a morir un poco. «Se deja de ser joven para ser muy viejo, de pronto. Es un tránsito fulminante. Se entra en la vejez—pensabas—ese día en que desaparece la última persona que nos ha conocido de niños y que nos ha visto siempre como tales. Yo recuerdo que hace años paseaba por el colegio de los Agustinos, de El Escorial, con un fraile que había sido profesor mío y que, debido a sus muchos años, tenía perdida la cabeza. Este fraile se asomó al claustro y vió pasar a Manuel Azaña, antiguo alumno del colegio, que iba conversando con su cuñado, Cipriano Rivas Cherif. Entonces el fraile dijo lleno de júbilo, apuntando para Azaña: «¡Ya te conozco!... ¡Ya te conozco!... ¡Eres Manolito!...» Para el fraile, Manuel Azaña, aunque entonces fuera Presidente de la República, seguía siendo un niño, el alumno que conoció en las aulas del colegio.

La entrada de la primavera te llenaba de júbilo y te prestaba un espíritu nuevo para la vida. Entonces, las sobremesas en Aranjuez, Cadalso de los Vidrios o Villaviciosa de Odón eran largas. Habías vivido mucho y por eso podías contar tantas cosas que eran Historia.

«Un día vivimos José Antonio y yo aquí para hablar de un proyecto político, mientras merendábamos». «Por aquí pasé un día con Rusinol...»

Pero no eras un literato

español en el sentido común de la palabra. Repudiabas la vida literaria, la pequeña política de las letras, y huías de los reporteros, aunque los recibieras con aquella educación tuya, de gran señor de Bilbao.

Recuerdo aún aquella mañana en que cubrías la hoja del censo municipal, cuando al rellenar la casilla de «Profesión», escribiste simplemente: «Agricultor».

Italia era tu segunda patria. En Roma y en Florencia te admiraron los grandes maestros. Papini y Malaparte preguntaron frecuentemente por ti. Esta primavera aún, estabas ilusionado con que fuéramos a pasar unos días a tu casa de Roma y ya imaginabas el itinerario que íbamos a seguir y las cosas que ibas a enseñarme.

Imagino la habitación de tu cuarto en estas últimas madrugadas, con el suelo materialmente lleno de libros que tratan de minerales o astronomía; con las grandes páginas de la Prensa italiana y española sobre la manta de tu cama y alguna enciclopedia teológica. Y tus estantinas religiosas en la mesilla. Y las brújulas, y los termómetros, y la navajita de veinte usos, y las pequeñas herramientas niqueladas para viaje, porque te gustaba tener estas cosas siempre a mano desde el tiempo que eras experto en construir relojes.

Te marchas en silencio, con una discreción de gran señor, que eso has sido, por encima de las muchas cualidades que valoraron tu vida.

Tu prosa castellana de gran maestro supervive en tus libros y en los periódicos, donde has dejado lo mejor de tu vida, cuando luchabas con la pluma en la mano por el honor de España.

Me quedo incomunicado contigo para siempre, con el cuerpo desvinciándose por el dolor y el corazón apretado de llorarte sobre estas cuartillas temblorosas que van a la imprenta. Ya sé que no habrías querido, si aún hubieras llegado a tiempo de impedirlo, notas necrológicas; pero estoy seguro que esta última carta mía no la habrías dejado sin leer con el cariño y el afecto paternal que has tenido para mí.

Marino GOMEZ-SANTOS

Rafael Sánchez Mazas nació en Madrid en 1894. Contaba, por tanto, setenta y dos años. Había cursado estudios de Derecho en la capital de España, y ya antes de doctorarse, en 1915, hizo su primera salida como periodista. En este año publica su libro «Pequeñas memorias de Tarín». Como corresponsal de «El Sol» y «A B C» recorre Italia y, posteriormente, Marruecos, desde cuyos países envía una serie de crónicas de tal belleza y calidad literaria que le proporcionan el Premio Nacional de Cronistas de Guerra de 1921. Desde su primera hora de escritor bulle en su obra la idea esencial de España. Su conjunción con José Antonio, Julio Ruiz de Alda y Ramiro Ledesma no es un hecho fortuito. Íntimo colaborador del Fundador en la obra falangista, a él se deben aportaciones poéticas e intelectuales de la medula filosófica del pensamiento de la Falange, a cuyo movimiento inspiró el

lema «Arriba España», y en cuyos órganos periodísticos «Fe» y «Arriba» escribió numerosos artículos de definición política.

Al iniciarse el Movimiento Nacional fué objeto de una dura persecución por parte de los dirigentes rojos, hasta que al fin pudo refugiarse en la Embajada de Finlandia. Asaltada ésta por los marxistas, Sánchez Mazas consiguió huir y esconderse en diversas casas particulares, hasta que fué descubierto. En febrero de 1937 fué trasladado a Barcelona.

El 2 de enero de 1939 fué sacado de Barcelona junto con otros patriotas detenidos para ser fusilado en El Collell. La ejecución fué consumada, pero Sánchez Mazas, milagrosamente, pudo escapar, aunque con dos tiros en las piernas. Anduvo errante por la zona roja durante algún tiempo, hasta que al fin pudo unirse a las tropas nacionales en Canella de Ter.

Consejero nacional del Movimiento y miembro de la Junta Política, fué nombrado ministro del Gobierno en 1939. Posteriormente fué designado vicepresidente de la Junta Política de Falange Española Tradicionalista de las J. O. N. S. En este periodo fué activo colaborador de «Arriba». Otras destacadas misiones suyas fueron la agregaduría cultural en la Embajada de España en Italia y la vicepresidencia del Patronato del Museo del Prado.

Desde 1940 era académico de la Lengua, aunque no llegó nunca a leer su discurso de ingreso.

Es autor de innumerables artículos periodísticos y de obras como «Pequeñas memorias de Tarín», «Las aguas de Arbeola» y las novelas «Rosa Krugger» y «La vida nueva de Pedrito de Andia», que causó un extraordinario impacto en la vida literaria nacional.